

## DISCERNIMIENTO DE LA IMAGEN DE JESÚS EN EL ARTE

Dr. Pedro Trigo SJ\*

### ABSTRACT

*We would like to propose an overall analysis of the picture of Jesus of Nazareth on art. Our question is about beauty that means it belongs to history and to art's theory. But it takes up also a philosophical perspective because it presupposes, as transcendental, being, beauty and good correspondent each other. It takes up also an anthropological dimension: the human quality, distinct from simply human qualities. Finally it takes up also a theological element because it presupposes that Jesus is paradigm of humanity, being Son of God made human and consequently parameter of humanity*

### KEY WORDS

*Transcendental, Formalism, Transcendence not-incarnate, Human qualities, Human quality*

### Sentido de representar a Jesús en el arte

Jesús fue un judío galileo de la primera mitad del siglo I, que, para nosotros los cristianos, Dios lo ungió con su Espíritu y por eso “pasó haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el mal, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38). Se encontró con un pueblo abatido por el peso de los tributos y la desesperanza, y con su presencia alentadora lo fue poniendo en pie, ayudó a que se encontraran unos con otros y a que se movilizaran. Por eso las autoridades decidieron quitarlo del medio para cortar en seco ese movimiento. Después de ser crucificado por

\* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLAT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo. Correo electrónico: trigodura@gmail.com

los romanos, acusado por la aristocracia sacerdotal, con la anuencia del resto del sanedrín, fue resucitado por Dios, a quien él llamaba su Padre.

En la cultura cristiana, sobre todo en la católica, pero no únicamente, su imagen fue plasmada incesantemente en todas las culturas y épocas, como modo de hacerlo presente sensiblemente para venerarlo, para que presidiera y encauzara las vidas de esa sociedad. Fue pintado y esculpido, sobre todo, para las iglesias y otros espacios públicos de encuentro de los fieles alrededor de él para escuchar su palabra, para dirigirle sus súplicas y para compartir su Cena sagrada. Pero también para que presidiera lugares públicos como cruces de caminos o lugares de gobierno. Y, no menos, muchas personas pudientes encargaron a pintores o escultores famosos que les hicieran esa imagen venerada para tenerlo en sus casas.

Podemos decir que hasta llegado el renacimiento, cuando tuvo un gran desarrollo la imaginería grecorromana, esas representaciones sagradas casi copaban el mundo del arte, casi porque siempre los poderosos se glorificaron a sí mismos en esculturas y pinturas, así como sus hechos de armas y momentos significativos que, en su intención, eternizaban su impronta.

Hoy la secularización reinante ha tenido como efecto restringir enormemente la iconografía religiosa y en concreto la de Jesús de Nazaret. Pero todavía sigue viva. Y además la imprenta y el mundo digital permiten que muchísimas personas tengan acceso a esas imágenes de épocas pasadas, prestigiosas por su valor artístico o por la devoción que inspiraban. El resultado es que esas imágenes se han multiplicado reproduciéndose sin cesar, de manera que no sólo conocemos las actuales, sino que tenemos acceso a las de todas las épocas, sin desplazarnos a los lugares donde fueron elaboradas y están expuestas, y cada uno se queda con las que más le gustan o las que le dan más devoción.

## **Valoración de los cuatro paradigmas básicos**

---

Desde mi condición de seguidor de Jesús, en quien descubro a la vez el verdadero rostro de Dios y el rostro más auténtico de lo humano y el destino de la humanidad y de la vida y el camino para llegar a ese destino, y desde la condición de estudioso de este tema, es decir, de teólogo, voy proponer una hipótesis, que para mí es una convicción probada en largos años de visión despaciosa de cuadros y esculturas, como amante que soy del arte. Es la comprobación artística de una convicción teologal.

Para nosotros, los cristianos, Jesús nos supera infinitamente en humanidad. La tesis podría expresarse así: Jesús es tan humano, tan humano, como sólo el

Hijo de Dios pudo serlo. Esto es así, porque, dicho helenísticamente, en Jesús habita la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2,9). La trascendencia divina de Jesús está encarnada: es una trascendencia humanada. No hay ninguna acción de Jesús sólo divina ni sólo humana, todas son acciones humanas del Hijo de Dios.

Ahora bien, es preciso afinar qué entendemos por humano, por humanidad. Para hacerlo tenemos que distinguir entre cualidades humanas y calidad humana. Si partimos de las cualidades humanas, tenemos que concluir que no tienen ninguna relación con la calidad humana: el más veloz, el más fuerte, el más erudito, el más inteligente, el más simpático, el más astuto, el más rico, el más poderoso, puede ser el más inhumano. Y, desgraciadamente, no pocas veces así sucede: gente con muchísimas cualidades las emplea para ponerse sobre los demás, para aprovecharse de ellos, para dominarlos, endiosándose a sí mismo y negando radicalmente los lazos horizontales, mutuos y simbióticos, la fraternidad. Sin embargo, si partimos de la calidad humana, el asunto es distinto, porque el que quiere vivir humanamente, trata de cualificarse al máximo para poner a contribución sus cualidades para el bien común. Si no sirvo para nada y no trato de cualificarme denodadamente, no es cierto que quiero servir realmente a los demás.

Por tanto, en el caso de Jesús no podemos decir que fuera la persona con más cualidades que ha habido en la historia humana. Sin embargo, no sólo los cristianos sino muchos otros que se han acercado a los evangelios, sí aceptan que es un ser humano extremadamente humano. Para nosotros, la persona con más calidad humana que ha habido y que habrá. Pues bien, ese Jesús, con la mayor calidad humana posible y por eso, parámetro de humanidad, es el paradigma de no pocos pintores y escultores que se han acercado a su figura, recreándola.

Ahora bien, a lo largo de la historia después de Cristo, incluso en la cultura cristiana, siempre ha habido una parte considerable o por lo menos una parte muy influyente de la sociedad, que ha valorado, hasta absolutizarlo en la práctica, el paradigma humano signado por las cualidades. Era el modo de glorificarse a sí mismos y de ocultar ante sí y ante los demás su falta de trascendencia propiamente humana, lo que hemos llamado su falta de calidad humana. Estas personas, imbuidas de este paradigma, lo han proyectado sobre Jesús de Nazaret, que sería así una persona muy cualitativa, con muchas cualidades, robustamente humana, en este sentido preciso, que no incluye la trascendencia. Un Jesús con cualidades muy sobresalientes, con robustez humana, en este sentido de un hombre con una gran cualidad o muchas cualidades aunadas, es un segundo paradigma para bastantes artistas.

Sin embargo, a lo largo de toda la cristiandad, siempre ha persistido un paradigma de trascendencia desencarnado. Dios seguía siendo el Totalmente Otro, el que estaba más allá de todo lo humano, en lo más alto o, más bien, más allá de lo más alto: inaccesible. Simbólicamente, en el cielo. La manera de hacer plásticamente presente esta trascendencia ahumana, que supuestamente, Jesús hacía presente, es mediante la luz, una luz del cielo que ilumina la escena, que le ilumina ante todo a él, una luz que irradia, que casi se puede palpar, que se cuele de más allá, muchas veces concretamente desde más allá de las nubes, o una luz que sale del mismo cuerpo de Jesús. Muchos cuadros de Jesús están impregnados de este modo desencarnado de aludir a la trascendencia del personaje Jesús. Un Jesús aureolado por la trascendencia, una trascendencia desencarnada, es un tercer paradigma para no pocos artistas.

Finalmente, siempre ha habido pintores y escultores absorbidos por la perfección de la forma, en este caso de la forma humana: lo más hermoso sería lo formalmente perfecto, obviamente que según los cánones de belleza de su cultura. Aunque también se puede decir que no pocos pretendieron plasmar la belleza, digamos, químicamente pura, absoluta, ligada a la forma perfecta. No pocos de ellos proyectaron este ideal sobre la figura de Jesús, que sería así el paradigma indiscutible de belleza. Este paradigma formalista sería el cuarto paradigma de la plasmación de Jesús en el arte.

## Nuestra propuesta

---

Hay que admitir que unos artistas tienen una capacidad mayor que otros para plasmar la belleza en sus creaciones pictóricas o en sus esculturas. Independientemente del gusto de cada espectador por un determinado tipo de arte y de las preferencias de cada época, sí es cierto que unos artistas siempre han sido considerados como cabezas de fila. Aunque alguno, no valorado tanto en el conjunto de su obra, haya podido realizar una obra excepcional, cualitativamente superior a las demás, al promedio de su producción.

Ahora bien, independientemente de la catalogación de cada artista por sus méritos intrínsecos, también es dable, catalogar cada paradigma artístico. Pues bien, nuestra tesis es que las obras que logran expresar de un modo sobresaliente la calidad humana de Jesús son más hermosas que las que plasman sus cualidades o su belleza formal o su trascendencia desencarnada.

Asumiendo que la belleza es un trascendental, como el bien o el ser, tendríamos que concluir que en el caso humano un ser humano más humano, es decir

que tiene más ser y más bien, dos modos diversos de decir lo mismo, es más hermoso. Esto es así porque los tres trascendentales se corresponden: dicen lo mismo desde un ángulo diverso. Obviamente que una persona muy humana no es más hermosa en sentido formalista ni desencarnado ni de robustez humana en el sentido de alguna o muchas cualidades. Pero sí es más humanamente hermoso, lo que en algún sentido pudiera equivaler a con más expresividad humana, que no es lo mismo que con más capacidad expresiva, que bajo este punto de vista no es más que una cualidad.

Pues bien, si eso es verdad de un modo genérico, relucirá muchísimo más en Jesús, parámetro de humanidad, porque es un ser humano concreto que nos supera infinitamente en humanidad. El artista que haya sido capaz de captar de un modo sobresaliente algo de esa humanidad tan paradigmática, habrá incluido en esa figura su peculiar bondad y su densidad humana y, por eso, conjuntamente, su belleza, tan específicamente humana. Creo que esa tesis se puede probar analizando las figuras sobre Jesús de los diversos artistas.

Así pues, nuestra propuesta tiene que ver directamente con el mundo del arte, tanto por su contenido, que es la imagen de Jesús en la historia del arte, como porque aspira a medir la belleza propiamente humana, pretendiendo que esa belleza es la más bella. Pero también incluye una perspectiva filosófica, ya que presupone la existencia de trascendentales y su correspondencia de fondo. Abarca además a la antropología ya que dictamina sobre en qué consiste la calidad humana y la distingue de las cualidades humanas. Y abarca, finalmente, a la teología, ya que presupone que Jesús es el universal concreto de la esencia humana, para decirlo filosóficamente, o, como hemos sostenido, un ser humano, tan humano, como sólo el Hijo de Dios puede serlo.

Como se ve, es una propuesta compleja, pero a nuestro modo de ver, fascinante, en el sentido preciso de que, si se asume desde dentro, causa admiración y sobrecogimiento, los dos armónicos de la reacción ante la teofanía, en este caso encarnada, completamente humanada.

## Ejemplos significativos

---

Quiero recalcar que no son sino eso, ejemplos de la lectura de la figura de Jesús en la pintura desde esos cuatro paradigmas, insistiendo que sólo uno le hace justicia, aunque los otros pueden coadyuvar resaltándola, pero, sólo cuando exista en algún grado. Cuando intentan sustituirla, se ve la insuficiencia o la falencia.

Jesús con la cruz a cuestas de El Greco incluye dosis de formalismo y el uso de la luz para expresar trascendencia, pero su actitud, centrada en su rostro, sí

expresa una relación de confianza y entrega absolutas, que entraña un grado densísimo de humanidad, expresado por decantamiento.

El Cristo en majestad del Juicio Final de Miguel Ángel, de la Capilla Sixtina, bascula entre el formalismo y la robustez humana con algo del empleo de la luz como expresión de trascendencia. Pero no hay en él ningún atisbo de densidad propiamente humana, de calidad humana: de humanidad. El ademán, tan teatral, es expresión de formalismo, lo mismo que la plasmación tan elaborada de su cuerpo. Sí se ve también que es una persona con dominio y, en este sentido, con una cierta grandeza. Pero la figura carece en absoluto de trascendencia propiamente humana y por tanto religiosa, y, de un modo específico, cristiana.

La Lamentación sobre Cristo, en escorzo frontal, de Mantegna es, obviamente un Cristo formalista y en este sentido entraña un desafío paradigmático del autor: lograr una imagen bella, humanamente perfecta, en esa perspectiva tan forzada. Lo que logra parece una escultura. Pero además esa belleza no es la de un cualquiera sino la de un hombre muy vivido, con peso acrisolado. Pero no se puede descifrar si ese peso es el de una humanidad desbordante o, meramente, el de una persona muy cultivada.

El pago del tributo de Masaccio sería un caso químicamente puro de grandeza meramente humana, en la que no se atisba, a pesar de las aureolas, trascendencia propiamente humana. Son lo que convencionalmente diríamos, senadores romanos, seguros de sí y conscientes de su grandeza e importancia. Pero no se ve la calidad humana, ni, por tanto, la trascendencia.

En El descendimiento de Rubens lo que predomina es la teatralidad en todos los ademanes, armoniosamente conjuntados, como en una sinfonía muy abigarrada, pero coherente y por eso limpia, alrededor del cuerpo de Jesús que, descolgado, va cayendo, pasando de uno a otro para que no se caiga. Además de formalismo, hay grandeza humana: el muerto es una persona realmente importante, no sólo en el sentido obvio que les importa muchísimo a todos los ejecutantes del descendimiento, sino en el de que el personaje merece ese interés. Pero no hay indicios de que esa densidad sea propiamente de calidad humana.

En el Cristo crucificado de Grünewald lo que predomina es el dolor: el dolor es el protagonista, el que le trabaja todo el cuerpo y el que se condensa en el rostro. Ahora bien, no es un dolor que se traduzca en rebeldía ni en deseo de morir ni en terror. Es el dolor que tiene contraída a la persona, pero que la persona soporta. Un dolor extremo, pero personalizado. La expresividad violentísima, pero armónica, es lo que da el tono al cuadro. Es la humanidad probada hasta un grado extremo, pero no derrotada. Por eso, dentro del horror, es un cuadro humanamente hermoso.

La última cena de Dalí es un ejemplo sobresaliente de la combinación de un formalismo que pretende expresar la trascendencia, con el uso matizadísimo de la luz como expresión ahumana de trascendencia. En ese sentido la pretensión del cuadro es que el formalismo y el uso de la luz expresen realmente una auténtica trascendencia. No es por eso un cuadro formalista, aunque el enmarque poliédrico, para que se vea que la Cena es simbolización de la Pascua de Jesús y que el crucificado, ya resucitado, preside todo; el uso esmeradísimo de la simetría y de la proyección lineal, y la compostura de los asistentes constituyen un verdadero teorema, del que participa el trasfondo de montes y mar que sirve de telón de fondo. De entre los montes, de más allá, sale la luz, que da a todo su peculiar realidad, que parece desmaterializada; una luz que torna traslúcido a Jesús, que con una mano remite a Dios y con otra a sí mismo y se entrega. La fijeza de todo es extática: coloca a toda la escena fuera del tiempo. Sin embargo, la deshistorización de la escena es de tal envergadura que la desmiente. En ese sentido, para nosotros el básico, la escena carece de verdadera trascendencia y se palpa la impotencia del pintor de expresarla por mero artificio.

Cristo en Emaús de Rembrandt, sería otro ejemplo muy disímil, pero coincidente en el fondo, de expresar la trascendencia, en este caso de Cristo resucitado, a base de efectos. En este caso, la luz y la postura mayestática de la silueta de Cristo y el ademán, rendido o poseído literalmente por el asombro sobrecogido, de los dos discípulos. El estudio de la luz, proyectada en la pared o en la mesa, es tan matizado como en los mejores cuadros de Velázquez. Esa luz, que no se sabe de dónde puede salir, recorta la silueta de Jesús, que aparece con las manos entrelazadas, completamente sobre sí, como retrayéndose de los discípulos, como desapareciendo ya de su vista. Como se ve, en este caso, se hurta propiamente su figura, y la majestad no es un armónico de su calidad humana, sino de lo que el pintor cree como su ser sobrenatural.

El Cristo de Velázquez resplandece sobre un fondo negro. La serenidad realmente sobrecoge. Sin embargo, yo no puedo avalar la trascendencia que muchos alaban. El cuerpo no es el de alguien que ha sufrido tres horas de agonía, un proceso injusto, una flagelación y la crucifixión. Es un cuerpo sin ningún rastro de violencia y, más aún, completamente distendido. El rostro es lo más sereno de todo; tal vez en él sí se pueda encontrar verdadera interioridad y aceptación y superación de lo pasado y, en ese sentido, humanidad trascendente.

La oración del huerto, de Goya es una pintura absolutamente unificada: el raudal de luz que desciende desde lo alto, desde más allá que el propio ángel, baña por completo la figura de Jesús, que es toda ella, como lo ve la Carta a los

Hebreos, un puro grito hacia esa luz, que no trae certeza ni calor ni consuelo, sino que resalta más la angustia y la desolación. Permanecer en esa agonía es la trascendencia humana de Jesús en ese trance. Eso es lo que trasmite desnudamente esta pintura.

El autor al final del artículo propone una síntesis analizando una multidisciplinar figura de Jesús de Nazaret en el arte. Nuestra pregunta es por la belleza y en ese sentido pertenece a la historia y a la teoría del arte. Pero incluye también una perspectiva filosófica porque presupone que, como trascendentes, el ser, el bien y la belleza se corresponden. También incluye una vertiente antropológica: qué es lo humano, la calidad humana, distinta de las cualidades humanas. Finalmente tiene un componente teológico porque parte de que Jesús es paradigma de humanidad por ser el Hijo de Dios humanado y así se constituye en parámetro de humanidad.